

### CAPÍTULO XIII

El secreto descubierto. — Los empeños de un amigo. — El padre y la hija. — La deidad y el gobernador. — El Changuito. Resoluciones.

Lorenzo desde en la tarde mandó á Simón con una copia del decreto sin encabezado ni firma, para que disfrutaran en su escondido retiro del gusto general que en el pueblo dominaba y Amparo viera el término feliz de su audacia y zanganadas. — ¡Albricias, niña, albricias, señor D. Angelito! llegó gritando Simón, admiren este papel del gobierno, ya se comen á su lustrísima á vivas, á abrazos y á gritos, ya no hay cohetes en las tiendas, y de esta hecha acaban con las campanas de la iglesia; todos parecen locos y al amo y al sucia los traen á la rebatinga de puro gusto, si de esta hecha no los despachurran todos los amos, será un milagro. Leyó Angel el decreto, y como era de esperarse todos llenos de contento agradecían al gobernador sinceramente su proceder, después de darle gracias á Dios dijo Amparo: — Con qué gusto le daría yo á ese hombre un abrazo muy apretado, pero ya que no puedo, te vuelves temprano y le dices á Lencho, que al descuido se lo dé á mi nombre, y que si acaso, le diga que una persona oculta entre los cerros, siempre rogará á Dios porque lo colme de felicidades.

El gobernador irritado y molesto por el calor de la cama no podía dormir, se levantó en paños menores, se cubrió con su capa y salió al corredor á tomar el fresco de la noche y respirar el aire embalsamado de los naranjos del patio. — ¿Qué casta de hombre será este amigo Lorenzo? se decía á sí mismo, acabo de hacer cuanto he podido en su beneficio, lo aseguré en su puesto, autoricé todos sus hechos, remuneré de una vez á sus todos como él dice, á sus familias, lo mejoro haciéndolo visi-

tador, y sobre todo le quito la horrorosa mancha de traidor y le doy una pública satisfacción, y sin embargo el hombre ha quedado disgustado, no ha podido disimular su resfrió, y advierto su malestar, tristeza, qué sé yo, el caso es que no está satisfecho; no es ambicioso, no es interesable, y aunque me ha contado sus cosas, yo creo que algo grave tiene en el corazón, yo lo aprecio, me le he manifestado su amigo, y no cumpliría el deber que me impone la amistad sincera que creo tenerle, si no mitigo los tormentos que lo afligen; sí, algún secreto lo tiene preocupado, lo haré que me lo descubra y si de mí depende aliviar su situación, con mucho gusto lo haré ó tomaré parte en sus penas, yo no me marchó sin haber hecho su felicidad.

Estaba ocupado en estos pensamientos cuando vió abrirse la puerta del dormitorio de Lorenzo y que salió envuelto en su manga, se ocultó tras de un pilar mientras el coronel atravesó el corredor andando de puntitas, abrió el zaguán que dejó emparejado y salió para la plaza. — La amistad me autoriza, exclamó el gobernador; amigo Lorenzo, voy á seguir sus pasos, á espiar sus acciones, y tal vez á descubrir sus secretos, pues me intereso por su suerte y esa es mi excusa en caso de que tome á mal mi proceder, y se fué siguiéndolo á una regular distancia. Entró al cementerio y lo vió dirigirse para el sepulcro de su padre, hincarse y recargar su frente contra la moldura, entonces cubriéndose con las plantas y pegándose á la pared de contra la de la iglesia llegó á situarse cuatro ó cinco pasos de distancia. Lorenzo figurándose solo, rezó una ligera plegaria con tal ternura, que su amigo recordando también sus propios pesares no pudo contener sus lágrimas. — ¡Gracias, Dios omnipotente! siguió diciendo Lorenzo, ¡gracias, manes venerandos y sombra querida de mi padre! ya mis hechos públicos han tenido un feliz término, todas mis aspiraciones han sido satisfechas y mis deseos cumplidos; pero acaba tu obra, ¡Dios mío! haz que cesen los crueles padecimientos que me destrozan el alma, acuérdate de esa infeliz mujer que habita ignorada de todos entre las fieras, que brillen sus virtudes á la faz de todo el mundo, que la pueda lucir como la esposa que me has destinado, en fin, que de una vez terminen también

nuestras calamidades. ¡Adiós, padre amado! ruégale á su divina Majestad, que escuche mis súplicas y que mitigue mi amargo padecer. Se paró limpiándose los ojos, besó con respeto la losa que cubría los restos del autor de sus días y al empezar á andar percibió un bulto que trató de ocultarse de su vista, para dejarle libre el paso, se precipitó colérico sobre él, y tomándolo con una mano del pescuezo, le dijo: — ¿Qué buscas, miserable, quién te...? — ¡D. Lorenzo, D. Lorenzo! ¡yo soy, yo soy su amigo! contestó el gobernador todo encogido sin poderse librar de la mano que con fuerza lo tenía agarrado. — ¡Cómo! exclamó sorprendido soltándolo y reconociendo la voz. ¿Para qué ha venido S. E., señor gobernador, á este fúnebre lugar? — Para sorprender sus secretos, amigo Lorenzo, para que me abra su pecho, me comunique sus penas, quiero saberlas, me intereso por su suerte, y la prueba de que de veras es mi amigo, la tendré si con franqueza me descubre lo que le atormenta. — Esta es la ocasión, pensó para sí Lorenzo, aprovechémosla, y tomándolo de un brazo le dijo: — Voy á complacerlo, pero vámonos para la casa, no sea que algún importuno nos escuche.

Recostado el gobernador en su cama, y Lorenzo sentado en la orilla le dijo sencillamente: — Enamorado de una niña decente de familia distinguida, y calculando que por mi humilde clase, deshonrosos antecedentes y la muy falsa posición que yo guardaba, jamás conseguiría que me la dieran por la buena, no hubo más remedio que arrebatármela y traérmela á esconder en estos cerros; hicimos nuestros juramentos ante Dios que está en el cielo y en presencia de mis cachorros, la infeliz apasionada de mí, se resignó á seguirme cambiando absolutamente de género de vida, de una ilustrada cortesana, en un instante aprendió á ser diestra cazadora y una marota de á caballo que anda por estos cerros como si se hubiera criado en ellos, ha cambiado los rasos, sedas, y lujosos aderezos, por unos calzoncitos de crea, su bata rabona, un sombrero de paja, sus botitas de gamuza, sus avíos de cazar y una escopeta de dos tiros, su espejo es en el agua del arroyo, sus pomadas el polvo de estos cerros, en lugar de pulsar el piano y usar abanico, empuña el metlapi, la escoba y almocafre, su distracción es la

cocina y cuanto animal ha reunido en su junuco, ó cultivar cuanta planta, flor y hierba se encuentra en el gran jardín de toda esa boscosa sierra que abunda en preciosidades; tenemos un chiquillo que ya va á cumplir cuatro años, y éste es la hora que aún no se bautiza en la iglesia; porque las circunstancias lo exigían, lo llevamos al arroyo de los Leones. Simón lo tuvo mientras el Chango le echó el agua con la fórmula de estilo: cuando la madre se ha puesto á pensar en el porvenir de esa criatura le ha costado muchas lágrimas, después un papel, ese maldito decreto que acaba S. E. de derogar, también se las hizo derramar á raudales, en fin, á pesar de ser mucha su abnegación y tener una alma muy grande y una resolución muy firme, el estado que guardamos nunca nos puede tranquilizar. Esta es en dos palabras nuestra situación. — ¿Pero qué sus padres se la negaron á vd.? — No, señor, no me atreví á pedírsela y ella conociendo su carácter y las desventajas que hallarían en mi persona, tampoco se resolvió á comunicarle á su padre nuestra pasión. — Por supuesto al extrañarla la buscaron, habrán temido su persecución y... — Nada de eso, la lloraron muerta, la mandaron enterrar, y para ellos no existe. — ¿Quiere decir que hubo algún supuesto accidente en que privada de sentidos han creído en su fallecimiento, y vd. del sepulcro se la sacó? — Propiamente puedo decir que del sepulcro la arrebaté, y hasta que no estubo en mi poder á costa de un leve sacrificio y exponiéndome algo, conseguí que volviera de su letargo. — ¿Y ella ha estado contenta? — Muchísimo, señor, y para que más se admire, de flaca, débil, y descolorida, está convertida en una mujer maciza, sana, y muy desarrollada. — ¡Vaya un contraste! apenas puedo creer en sus palabras, amigo Lorenzo, tanta resignación en una niña de la clase que me dice es extraordinaria, pues lo general es que todas las mujeres aspiren, y muy rara es aquella de una abnegación tan singular, eso prueba que su amor es puro, desinteresado, que no es de un corazón vulgar sino de una alma noble, y esa firmeza de carácter es digna de elogio, porque tal transformación de buena voluntad me encanta; ¿cómo se llama? — Amparo. — ¡Amparo! de ese mismo nombre era mi vieja, y exhaló un suspiro. — ¿Tal vez la esposa de

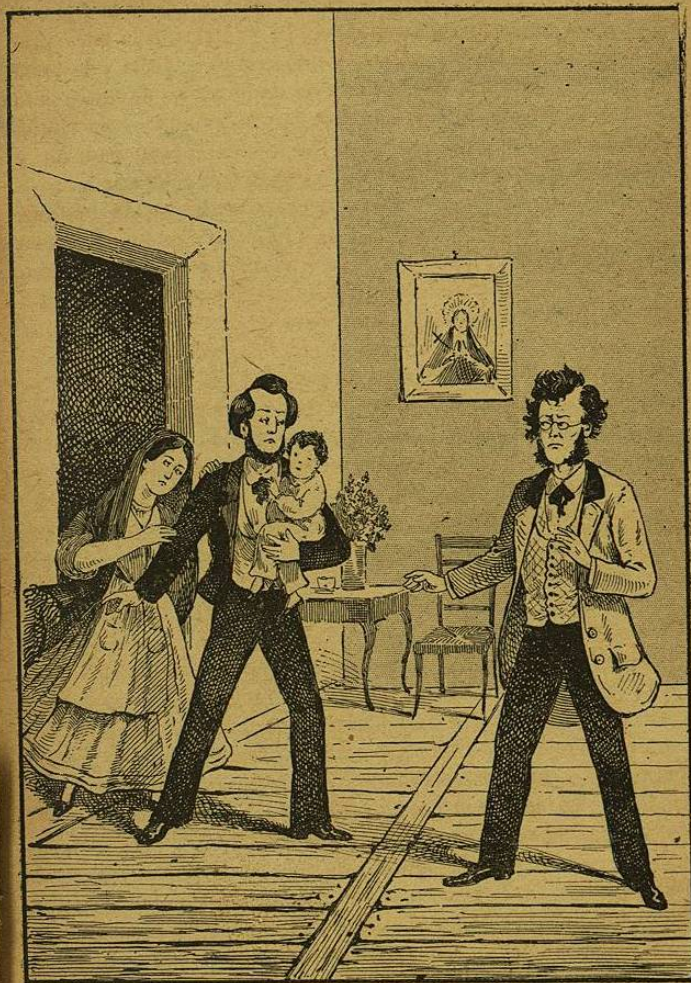
S. E. ó su hermana mayor? — No, amigo, una hija que por desgracia perdí, la más grande, era mi encantanto, la amaba con delirio, y por poco pierdo el juicio de la pesadumbre que me causó su muerte. — Tal vez si no hubiera fallecido le hubiera dado á S. E. su pesadumbre de otro género. — Es verdad, y no sé francamente cuál sería peor, si llorarla muerta, ó verla depender de una gente extraña, vale más que Dios se la haya llevado; ¿pero para qué atormentarme con recuerdos tristes cuando sólo me debo ocupar de su ventura, amigo mío, y basta que esa... — Reina de la Culebra, Diosa de Capirio, y Deidad de Cooporillo, he aquí los títulos que tiene entre cuatro ó cinco personas que la adoramos. — Pues bien, basta que esa Reina, Diosa y Deidad se llame Amparo, para adorarla también sin conocerla; yo tengo autoridad, dinero, influjo, y muy buena voluntad para hacer la dicha de vds., quiero que ambos me deban su felicidad, yo los presentaré á la iglesia, llevaré á esa criatura á ratificar su bautismo, si le falta dinero cuento con mi bolsa; ¿qué más quiere? seré su padrino, seré su compadre. — Será S. E. nuestro padre. — Lo que vds. quieran, ya lo dije, y en el supuesto de que estamos de acuerdo, lléveme á conocerla, quiero cuanto antes cumplirle mi palabra; mandaremos al secretario que se adelante, que disuelva la fuerza que está en Maravatío y marchen á sus destinos los destacamentos, con ocho ó diez hombres que me esperen en Acámbaro para entrar á Morelia me bastan, y yo no me marcho sin dejar concluido este negocio; voy á escribir para mi familia y disponer algunas cositas relativas al gobierno, porque estoy inquietísimo por irle á ofrecer mis respetos á esa Deidad, ya nuestro amigo el secretario ha roncado más de cuatro horas, despiértelo, con eso no perdemos tiempo; mientras yo lo despacho por aquí, vd. arregle lo de los criados y avío, que se lleven todo para quedarme sin ningún engorro.

Todo se hizo como lo dispuso, marchando el secretario para Maravatío poco antes de las cinco de la mañana, y á poco rato el gobernador y Lorenzo para el cerro. Cuando ya iban á media cumbre encontraron á Simón que sorprendido de ver al gobernador por tal camino, no hallaba qué decir: — ¿Qué sucedió por fin? le dijo su amo, ¿á qué te han mandado? habla con

franqueza, no hay secreto con el señor gobernador. — Pues, señor amo, dice mi amita que le dé su merced un abrazo á traición al señor gobernador en su nombre, y que le diga que una gente le pedirá á Dios que lo llene de infidelidades, en los cerros ó ya no me acuerdo la verdad, como me dijo, pero vale que sus mercedes me comprenden; y también me dijo el Chango que mi hijo está muy desinquieto, que venga su merced pronto. — Vuélvete, dijo el gobernador, y dile á tu amita que no entiendo de recibir abrazos por poder, que voy á tener el gusto de dárselos personalmente sin traiciones. Se quedó dudoso y Lorenzo le dijo: — Arriéndate, hombre, arranca á avisar lo que se te manda. Volteó su caballo y partió á escape por la cuesta arriba, ínter se reían de sus disparates y aturdimiento. — Nínita, nínita, llegó gritando Simón; ahí viene el amo con su deselencia, que dice que no entienden de abrazos los poderes, sino personalmente de traiciones con gusto, ó quién sabe qué cosas me dijo tan alrevesadas, que no las pude tener en el entendimiento. — ¡Cómo! ¿dices que viene con buesencia? preguntó el Chango. — Sí, hermano, allí me los topé en la subida del caracol. — Pues voy á disponerle el sancocho que tanto le cuadró, y se dirigió á la cocina. — ¿Qué dices, Anita, qué imprudencia de Lencho con traernos á ese hombre? ¿decía Amparo muy apurada; préstame unos trapos para vestirme de mujer. Juanito, Juanito; ¡Jesús, qué muchacho tan puerco! Le lavó la cara, lo peinó y violentamente lo vistió de limpio, sacudió las pocas sillas de la salita, recogió los palos y juguetes de su hijo que andaban rodando, y hubiera querido en ese instante hasta haber fregado los tablones del piso; así que todo lo dejó medio limpio y arreglado se metió para su recámara á vestirse con la ropa de Ana María llena de sobresalto y cuidado.

Al entrar al cercado cubierto de hiedras y otras enredaderas se apearon entregándole á Simón las cabalgaduras, y empezaron á atravesar el bellissimo jardín sembrado por Amparo; luego que Juanito conoció á su padre arrancó á escape montado en una mula pinta de oate á todo el correr de sus picitos acometiéndosela muy recio al acercarse. — Alto amiguito, gritó Lorenzo, no nos eche la mula encima, somos de casa. Tiró su oate y metiéndole la cabeza entre las piernas lo abrazó

delirante, lo alzó su padre, y después de acariciarlo le dijo : — Saluda al señor. Le tendió la manita y le ofreció la boca provocando un beso, lo cual fué aceptado por la visita y lo tomó en brazos. Entraron á la primera pieza que servía de sala y se lo sentó en las piernas. — ¿Cómo te llamas, chulo? — No chulo, Changuito, le contestó. — Vaya eso le viene por su padrino, y continuó diciéndose á sí mismo al contemplar su carita : — Qué muchachito este tan simpático; pero esos ojos tan lindos y el todo de sus facciones no me son extrañas, yo he visto esta fisonomía en otra parte, ¿en dónde, en dónde? sea lo que fuere esta criatura tiene un no sé qué que me halaga. — Le presento á S. E. á mis hermanos Angel Sosa y Ana María Cabello, la nana hueche de quien le tengo hablado. — Déjese ya de excelencias, amigo Lorenzo, aquí no soy más que su amigo verdadero. Después de los saludos se metió Anita para la cocina, Angel á ver los animales, y Lorenzo se dirigió para la recámara diciendo : — No me dilato, señor. Su chiquillo desprendiéndose del abuelo corrió tras de su padre y ambos entraron á la recámara donde estaba Amparo acabándose de asentar el pelo. — Qué cosas haces, Lorenzo, por Dios, ¿para qué fuiste á traer á ese hombre, tal vez tiene relación con los de mi casa, me conoce y... — El se empeñó, se ha declarado mi amigo, me ha colmado de consideraciones y favores, me ha ofrecido su protección, y ya ves, querida, que si no aprovechamos la oportunidad que se nos presenta, nunca saldremos de este miserable estado. — ¿Pero y qué vergüenza voy á pasar, cómo me le voy presentando en estas trazas y...? — No te apures, todo se lo he contado. — ¿Y le has dicho quién es mi padre, de dónde soy y todo? — No, le dije el pecado, pero no el pecador, por ese lado no tengas cuidado. — Vaya, pues ya respiro; pero déjame rezarle otra salve á la Virgen del Buen Suceso. Mientras que Amparo rezaba salves, su padre encantado, con la fisonomía del chiquito que era muy parecido á la mamá, se devanaba los sesos diciéndose : — ¿Pero dónde, Mariano, adónde he visto una cara semejante? qué memoria tan infeliz la mía; pero qué consuelo se recibe en esta pieza, qué hermosas flores, qué bien silban esos pájaros, qué delicioso aroma se respira; de veras que esto es un verdadero Edén, un Paraíso en miniatura, con



Jugaremos el todo por el todo...

razón está tan hallada esa deidad; siento cierto bienestar que no hallo cómo explicármelo. ¿Pero y esos ojos tan hermosos de ese niño, y su carita de serafín dónde los he visto? vaya una tentación.

Mientras tanto Lorenzo también se decía: — Este es el momento del albur, salga lo que salga, le tapo el monte y se lo echo á la puerta, un sopetón que no lo deje premeditar, es padre, y si de veras amaba á su hija como me lo ha confesado, la bebe ó la derrama, ó ve cómo se compone. ¡ No me abandones, Providencia divina! ¡sócórreme, Dios eterno! Y resueltamente, cargando á su hijo en el brazo izquierdo, y tomando la mano de Amparo con su derecha, salió de improviso, se paró á media pieza y dijo: — *Señor gobernador, esta es mi Amparo.* Y á pesar de estar el papá muy variado, al alzar ella muy tímida los ojos para mirarlo, sorprendida y avergonzada, no pudo hablar una palabra, y quiso esconderse detrás de Lorenzo. El primer ímpetu del padre al mirar aquella demostración y reconocerla, no pudo contener su cólera de verla en tal estado, olvidó su muerte y se le vino al pensamiento su ultraje, se paró furioso marcándose en su cara la indignación y dijo: — Esa mujer es mi... — ¿Mi qué? le replicó con energía Lorenzo avanzando un paso y cubriéndola con su cuerpo; aquí rifamos el todo por el todo, caballero, ó me cumple su palabra ó lárguese para su casa y siga llorándola por muerta. Al notar aquella decisión, recordar sus promesas, y sobre todo ver á su hija viva, pudo más que su cólera su amor paternal, pues mudó de tono y con semblante suplicatorio prosiguió: — No me la oculte, amigo mío; porque esa niña es mi hija, la hija de mi corazón, y aparecieron á sus ojos las lágrimas de ternura. Lorenzo le dejó el paso libre diciéndole secamente: — Abraza á tu padre...

No hay voces con que describir lo que en este instante pasaba por estos corazones; el padre la abrazó frenético, lleno de gusto, ella de la misma manera humedecía con sus lágrimas de gozo su palpitante pecho. La besaba cariñoso, no se cansaba de mirarla, la acercó hasta la puerta para verla á toda luz, la tentaba como dudando de la realidad, y le preguntaba: — ¿Pero es cierto que vives, hija mía? ¿no es esto un sueño, una

ilusión, una locura? — No, papacito querido, mírame bien, yo soy tu vieja, y le repetía sus cariños. — ¿Pero si te he visto quemada, cómo es que ahora te encuentro viva? — Las apariencias engañan, señor, respondió Lorenzo. — ¿Pero á quién le debo esta dicha, este singular favor, este...? — Al mismo que poniéndole en sus brazos en la plaza de Coroneo á la otra chiquilla, le dijo: — Aquí está una, y se volvió á arrojar al fuego. — ¡Cómo! ¿pues qué vd. fué el salvador de Lola? — Mire mis piernas quemadas que no me dejan mentir. — ¿Cómo le pagaré tan gran servicio, amigo mío? — Con una cosa muy sencilla, con que perdone nuestras faltas, y autorice las medias; de las dos que tenía perdidas ya le dí una, y es justo que de buena voluntad me deje esta otra, y si es que le parece que le saco la ventaja, le daré de ribete este Changuito, que también le dirá papá. — Cójasela, cójaselas todas porque este chiquito vale más que todas ellas. Amparito, abraza á tu esposo; ven, chulo, con razón me simpatizabas y no me eran extrañas tus facciones, si eres el vivo retrato de tu madre. Y cogiéndolo en brazos le hacía mil caricias, que el niño que no era hurao con los hombres correspondía sin fastidiarse. — Pero, hombre Lencho, hijo mío, ¿díganme cómo fué eso de las apariencias? yo al cargar con Aurelia vi perfectamente á ésta allí también asfixiada, y en el mismo cuarto se hallaron dos cuerpos quemados.

Le contó Amparo en pocas palabras la verdad, y al ver Lorenzo que empezaban á entrar en materia y pormenores se retiró para dejarlos explicarse con libertad, ella antes que todo se hincó enfrente diciéndole: — ¿Perdóname, papacito, si ciega, apasionada de Lorenzo te he ofendido! iba resuelta á abandonarte, á cometer en casa un escándalo con mi fuga, en fin, á atropellar con todo por no prescindir del tierno objeto de mi amor, no culpes á Lencho en lo más mínimo, pues en mis hechos y cuanto me rodea sólo ha obrado mi voluntad; el hombre desaprobando mis resoluciones ha hecho cuanto ha podido para que yo no tocara el último extremo, y aprovechando la ocasión de salvarme del fuego exponiendo su propia existencia, prefirió el que me lloraran por muerta, antes que me maldijeras por infame; conque, papacito, ¡perdóname!

quítame este peso que me ha torturado el alma. — Levántate, hija querida, ven á mis brazos, y muy lleno de gozo multiplicó sus caricias. — ¿Pero, hija, que hayas tenido corazón de negarme tu existencia y hacernos derramar tantas lágrimas por tu muerte, por qué no me descubriste tu pecho, no sabías que siempre fuiste mi predilecta y te enseñé á tratarme con franqueza? esa es una ingratitud. — Conocía tu carácter inflexible y no tuve valor para decirte mi pasión, porque yo también soy firme en mis resoluciones, y una desaprobación tuya me hubiera comprometido á cometer otros excesos; no me juzgues ingrata, te hubiera querido ver en mi lugar y en el grave apuro en que me puso Lorenzo en el cerro de las Torcazas, cuando relevándome de todos mis juramentos me dijo: — «Allí están tus padres llorando por ti, no seas ingrata, recuerda que les debes el ser, una sola palabra tuya puede volverles la dicha y enjugar su llanto, eres libre, sigue el camino que quieras y allí espero tu resolución.» Por poco me vuelvo loca, las campanas con su triste sonido me hacían presente tu amargura, todo se me presentó á la vista; pero por el otro lado estaba el hombre á quien amaba y le debía también la vida; á vds. los consideraba sufriendo el dolor más acerbo, y á él lo veía con sus piernas quemadas sufriendo por salvarme los ardores de sus llagas, en tal situación también tomé una resolución extrema y no quise por mí misma decidirme, me cubrí la cabeza, hice malacatonche, determinada á seguir el sendero que se me presentara delante sin volver un paso atrás. Tuviste poca suerte, papacito, al destaparme y abrir los ojos me vi frente á Lorenzo sentado á gran distancia, te dirigí el último adiós, lloré muchísimo por vds. y más tranquila seguí el sendero que me marcaba mi destino: ¿qué más quieres que haya podido hacer por tí? te rifé, y si la fortuna te fué adversa no me culpes á mí, sino á la fatalidad que quiso atormentarte, en fin me has vuelto el alma al cuerpo, ha revivido mi amor filial y al verte tan ufano acariciando á mi hijo, gozo de una dicha inexplicable, ven á ver mi casa, mis animales, mis flores, en fin toma entera posesión de este pobre albergue, en que más de cuatro tiernos suspiros he exhalado por tí, por mi mamá y hermanas. Y lo hizo ver todas sus